

Ética, sociedad y gobierno

A propósito de la corrupción y el relativismo moral, tan lamentablemente presentes hoy en Chile, parece relevante efectuar algunos alcances respecto al nexo existente entre la ética, la sociedad y el gobierno. La ética es el vínculo primordial -para algunos el único- de cohesión social. No lo es el dinero, el lenguaje, la educación, etc., porque esas realidades se pueden usar bien o mal, y quien distingue entre el bien y mal uso es la ética. La clave del crecimiento de la sociedad es el desarrollo ético, sencillamente porque entre los diversos niveles del tener, el más alto es la virtud, ya que es el que más perfecciona a la persona en su esencia, concretamente en su voluntad, que es la potencia que más puede ser activada por ella.

Ahora bien, la virtud se adquiere sobre todo en sociedad. Por tanto, el hombre no se puede desarrollar fuera de ella. Para él, la sociedad es condición no solo de viabilidad sino de perfeccionamiento. Sin ética no hay buena sociedad y difícilmente habrá hombres rectos.

Nadie es nativamente ético, porque todo ser humano nace con una voluntad que es "*tabula rasa*", es decir, que carece de virtud. Por tanto, como tempranamente percibieron los grandes filósofos griegos, el fin de la sociedad es que cada uno de sus miembros llegue a ser más virtuoso. Pero como eso dependerá de la libertad de cada persona, la sociedad debe organizarse de modo que se favorezca la adquisición de virtudes e impida la consecución de vicios.

Además, originariamente el hombre no solo no es ético, sino que no está inclinado a serlo, porque en su condición hay tendencias contrarias al crecimiento ético. En efecto, por disposición nativa, sin la virtud de la justicia, todo hombre prefiere lo suyo a lo ajeno; es más, prefiere que lo ajeno sea suyo. Nadie vive espontáneamente la virtud de la justicia, ni tampoco cualquier otra virtud. Por eso la consistencia no solo no está asegurada, sino que cuenta con impedimentos en la propia naturaleza de los hombres para estarlo. La ética pone de manifiesto un hecho crucial, esto es, que si el hombre no "va a más" la sociedad se derrumba.

En suma, la solidez social se alcanza con la ética, y la clave de la ética es la virtud. La congruencia de la sociedad humana es la de un sistema abierto, no es estática ni está grabada en la naturaleza biológica. De acuerdo con lo señalado, si aquello que más cohesionan lo social es la virtud, y si la sociedad requiere ser gobernada, el gobernante debe ir por delante en la adquisición de la virtud y debe favorecer su educación. De ahí la importancia de que el liderazgo social no sea entendido primeramente como técnica y poder, sino principalmente como ética.

Desde este punto de vista, los mayores enemigos de la sociedad son la corrupción moral y el relativismo ético (equivalente a sostener que hay tantas éticas como tipos sociales, grupos, o incluso, como personas), fenómenos tanto más graves mientras más alto anidan -y se difunden- en el cuerpo social.

Opinión

Edición papel digital

Entre verdades

Iris Boeninger
Economista y ex embajadora en Uruguay



Durante las Fiestas Patrias, predominaron los llamados a la unidad y las banderas chilenas. El Presidente Gabriel Boric dijo: "Damos frutos cuando estamos unidos". Monseñor Chomalí dijo: "No es el momento de solistas, de individualismos, de frases grandilocuentes ni de recriminaciones mutuas". Hace unos años, era impensable que dos militantes comunistas como Karol Cariola y Camila Vallejo, conversaran animadamente con altas autoridades de las FFAA, al observar el desfile.

Se cumplen cinco años del 18 de octubre de 2019. Una asonada violenta con el fin de lograr un quiebre institucional. El consecuente deterioro a nivel social, económico y político, sumado a la pandemia complicó la resolución de demandas sociales. Costó aquel evento cerca de tres mil millones de dólares generando inflación y retroceso económico. Los dos procesos constituyentes posteriores profundizaron los costos sociales, políticos, económicos y morales que tuvo aquel nefasto período, los que perduran hasta hoy. Los indultos entregados por el Presidente son otra verdad, que no se puede volver atrás.

Los entonces diputados Boric, Cariola, Vallejo y sus partidarios incluyendo al PC, validaron y justificaron esa violencia como si se tratase solo de demandas sociales, diciendo: es algo "demasiado positivo" y que debemos "ver con alegría" refiriéndose a la supuesta protesta que concluyó con la quema de estaciones de metro, saqueos, destrozos, heridos y muertos. Y que "respaldar la impunidad de un presidente que tiene sus manos manchadas con sangre es inaceptable", aludiendo al entonces Presidente Sebastián Piñera.

En un póstumo gesto de mea culpa, el Presidente Boric dijo: "Las querellas y las recriminaciones fueron, en ocasiones, más allá de lo justo y razonable". "Reivindicar el legado de Sebastián Piñera es reivindicar los acuerdos, abrazar el entendimiento, actuar con sentido de urgencia y pragmatismo frente a las necesidades de los chilenos y chilenas". Distintas verdades.

El nuevo partido Frente Amplio, ya no postula la bandera de lo plurinacional, sino el patriotismo y lo regional. ¿Habrán dejado de lado esa locura? Hace poco el PC y PS remarcaron que la necesidad de una nueva Constitución sigue vigente. ¿Otro proceso constituyente? Ojalá prime la cordura.

Monseñor Chomalí tiene razón: es necesario convocar a un gran acuerdo nacional que busque dar certezas tal de garantizar la gobernabilidad del país y revalidar las esperanzas de la gente. Cuando se tiene esperanza, se confía en algo que lo trasciende. La esperanza capacita a quien está en la desesperación a levantarse del abismo. Es necesario creer. No puede moverse el ciudadano entre múltiples verdades tan opuestas.

La confianza se reconstruye desde la experiencia vivida de que el otro ha dado muestras creíbles de ameritarla. George Orwell decía: "En tiempos de engaño universal, decir la verdad se convierte en un acto revolucionario".

Ética, sociedad y gobierno

Álvaro Pezoa
Director Centro de Ética y Sostenibilidad Empresarial
ESE Business School, U. de los Andes



A propósito de la corrupción y el relativismo moral, tan lamentablemente presentes hoy en Chile, parece relevante efectuar algunos alcances respecto al nexo existente entre la ética, la sociedad y el gobierno.

La ética es el vínculo primordial -para algunos el único- de cohesión social. No lo es el dinero, el lenguaje, la educación, etc., porque esas realidades se pueden usar bien o mal, y quien distingue entre el bien y mal uso es la ética. La clave del crecimiento de la sociedad es el desarrollo ético, sencillamente porque entre los diversos niveles del tener, el más alto es la virtud, ya que es el que más perfecciona a la persona en su esencia, concretamente en su voluntad, que es la potencia que más puede ser activada por ella.

Ahora bien, la virtud se adquiere sobre todo en sociedad. Por tanto, el hombre no se puede desarrollar fuera de ella. Para él, la sociedad es condición no solo de viabilidad sino de perfeccionamiento. Sin ética no hay buena sociedad y difícilmente habrá hombres rectos.

Nadie es nativamente ético, porque todo ser humano nace con una voluntad que es "tabula rasa", es decir, que carece de virtud. Por tanto, como tempranamente percibieron los grandes filósofos griegos, el fin de la sociedad es que cada uno de sus miembros llegue a ser más virtuoso. Pero como eso dependerá de la libertad de cada persona, la sociedad debe organizarse de modo que se favorezca la adquisición de virtudes e impida la consecución de vicios.

Además, originariamente el hombre no solo no es ético, sino que no está inclinado a serlo, porque en su condición hay tendencias contrarias al crecimiento ético. En efecto, por disposición nativa, sin la virtud de la justicia, todo hombre prefiere lo suyo a lo ajeno; es más, prefiere que lo ajeno sea suyo. Nadie vive espontáneamente la virtud de la justicia, ni tampoco cualquier otra virtud. Por eso la consistencia no solo no está asegurada, sino que cuenta con impedimentos en la propia naturaleza de los hombres para estarlo. La ética pone de manifiesto un hecho crucial, esto es, que si el hombre no "va a más" la sociedad se derrumba.

En suma, la solidez social se alcanza con la ética, y la clave de la ética es la virtud. La congruencia de la sociedad humana es la de un sistema abierto, no es estática ni está grabada en la naturaleza biológica. De acuerdo con lo señalado, si aquello que más cohesiona lo social es la virtud, y si la sociedad requiere ser gobernada, el gobernante debe ir por delante en la adquisición de la virtud y debe favorecer su educación. De ahí la importancia de que el liderazgo social no sea entendido primeramente como técnica y poder, sino principalmente como ética.

Desde este punto de vista, los mayores enemigos de la sociedad son la corrupción moral y el relativismo ético (equivalente a sostener que hay tantas éticas como tipos sociales, grupos, o incluso, como personas), fenómenos tanto más graves mientras más alto anidan -y se difunden- en el cuerpo social.

LT latercera.com

Declaración de intereses en
www.grupocopesa.cl/declaracion
Impreso en Santiago por Copesa S.A.

Atención a suscriptores
en sucursal virtual:
<http://sucursalvirtual.latercera.com>



SANTIAGO DE CHILE |
AÑO 72

SU OPINIÓN IMPORTA

Envíe sus objeciones al contenido o cobertura del diario a
lector@latercera.com

Envíe sus cartas, con una extensión máxima de 1400 caracteres con espacios a:

✉ Email: correo@la.tercera.com
✉ Averida Apoquindo 4660, Santiago.
La Tercera se reserva el derecho a editar los textos y ajustarlos conforme a sus estándares editoriales, en particular respecto a la exigencia de un lenguaje respetuoso y sin descalificaciones. Las cartas recibidas no serán devueltas.

ESPACIO ABIERTO

¡Y van a caer!

Mauricio Morales
Académico
Universidad de Talca



Los congresistas se frotan las manos. Tienen la oportunidad histórica de redimirse frente a una ciudadanía que los percibe como ineficientes, aprovechadores y egoístas. Esta vez, la fortuna corre a su favor, pues deben decidir el destino de algunos ministros de la Corte Suprema involucrados en graves casos de corrupción. Todo esto, en el contexto de las acusaciones constitucionales, que es la herramienta más poderosa que dispone el Congreso para aplicar sanciones a los jueces que dejan de cumplir sus obligaciones o que, sim-

plemente, actúan en contra de la Constitución y las leyes. De las 21 acusaciones contra ministros de la Corte desde 1990, sólo hay un caso en que el Congreso aplicó la destitución: Hernán Cereceda en 1993. En esa época, eso sí, el Congreso gozaba de una confianza institucional cercana al 40% según cifras del Latinobarómetro (1995), y no del 6% según consigna la última medición del CEP. Adicionalmente, el Congreso era visto como un símbolo de la recuperación democrática, mientras que el Poder Judicial aún no podía sacudirse de su conducta genuflexa frente a la dictadura del general Pinochet, en materia de derechos humanos.

Hoy el panorama es totalmente distinto. Ambas instituciones están en el banquillo de los acusados. La misma encuesta del CEP muestra que el 50% cree que la corrupción está extendida en los tribunales de justicia, cifra que crece al 60% en el caso del gobierno y al 63% en el Congreso. En consecuencia, será la institución que genera menos confianza -el Congreso- quien deberá decidir el destino de los ministros de la Corte Suprema.

En perspectiva, lo más probable es que estas acusaciones constitucionales lleguen a puerto. Es decir, que sean aprobadas por el

Congreso. Por ahora, no se avizora obstáculo alguno para que, al menos en el caso de la ministra Vivanco, se aplique la sanción máxima. Eso han dado a entender los diputados de todos los sectores políticos. Dicho de otro modo, el actuar de la ministra ha logrado lo imposible: generar un amplio consenso de izquierdas y derechas, de gobierno y oposición, de moderados y radicales, de partisanos e independientes. En el Senado, en tanto, la situación es más incierta, aunque difícilmente se atreva a torcer la voluntad de la Cámara. Ningún senador se va a inmolar a estas alturas. La situación del ministro Matus, en tanto, también avanza hacia la destitución, todo vez que el impulso lo ha dado la DC, comprometiendo los votos de la derecha. El caso del ministro Muñoz es más impredecible, y lo de Carroza aún no cuaja, aunque no es descartable que corran la misma suerte que Vivanco y Matus.

Los congresistas, por tanto, aspiran a ofrecer al público las cabezas de al menos dos ministros de la Corte. Todos quieren ver sangre y se pelean por cuál de ellos será el gran verdugo. Es una disputa pequeña, pero cuyo propósito -inútil eso sí- es recuperar parte de la confianza de una ciudadanía que los mira con rabia, desazón y desprecio.